

3

MUERTE Y RESURRECCIÓN EN MESOPOTAMIA II ISHTAR-TAMMUZ Y SU PROYECCIÓN CULTURAL BABILÓNICA, SIRIO-CANANEA, GRIEGA, ANATOLIA Y JUDÍA

El Adonis griego y el Adonai hebreo.

Según Jerónimo, los ritos por la muerte de Tammuz-Adonis, arquetipo de la divinidad sufriente que moría y resucitaba, se celebraban generalmente en verano, en el mes de junio, que en el Mediterráneo correspondía a la época de la siega, cuando se secaban los campos y amarilleaba la planta del cereal. Y se ha señalado con frecuencia que, frente a las divinidades olímpicas y héroes homéricos, el rasgo sobresaliente de este humilde pastor, como los de todos los jóvenes amantes de las diferentes versiones míticas originadas en las coordenadas ideológicas de la diosa madre, retratados por los griegos como jóvenes andróginos de singular belleza,¹ no era otro que el de morir y resucitar todos los años; es decir, volver del mundo subterráneo de los muertos a la vida, como el tallo del cereal surgido de la semilla enterrada germinaba en primavera sobre la superficie de la tierra.

Según la narración literaria del mito, Adonis era herido mortalmente en las montañas, y cada año la fisonomía de la naturaleza misma se teñía del color de su sangre sagrada. Del mismo modo, año tras año, las mujeres sirias y fenicias lloraban el prematuro final del apuesto joven, mientras su flor distintiva, la anémona roja, y el río que lleva su nombre enrojecían entre los bosques y los cedros del Líbano.² Tras la difusión de su culto por el Egeo, desde Siria, el principal centro de irradiación, como ya hemos visto, se situaría en el templo de Afrodita, en Pafos (Chipre), donde todos los años se conmemoraba la pasión y el drama de su muerte y resurrección. Celebraciones que duraban tres días, en los que se lamentaba y lloraba su pérdida y su desaparición; pero Adonis siempre regresaba del Hades y se exaltaba finalmente su vuelta y resurrección.

Por tierra, su culto se extendió desde Siria y Fenicia (como Tammuz) hasta los territorios de los primitivos israelitas; de lo que daba fe el inestimable testimonio que aportaba Ezequiel en las páginas del Antiguo Testamento, en el que el profeta contaba haber visto a las mujeres de Jerusalén, donde se adoraba a Ishtar como Mari, reina de los cielos, llo-

¹ Osiris, Tammuz, Dionisio, Baal, Mitra, Atis, Cristo, etc. fueron dioses mortales que combinaban en sí los principios masculino y femenino: por consiguiente, se los representaba generalmente como hermosos jóvenes que no alcanzaban nunca la madurez, o como andróginos.

² J. G. Frazer. Op. Cit. 238.

rando por la muerte de Tammuz en la puerta norte del Templo.³ Una pareja de deidades la conformada por Ishtar y Tammuz que, como vemos, terminaría encontrando su correlato en el mundo cananeo bajo los nombres de Baal y Astarté; en el mundo protoisraelita, bajo Adonai y Aserah,⁴ y que pasarían a Grecia como Adonis y Afrodita. Todo lo cual no debe escandalizarnos, si escudriñamos la letra pequeña de las Escrituras hebreas y encontramos un buen número de referencias a los mitos cananeos, a los textos ugaríticos y a los motivos centrales (antropogonía, cosmogonía, cosmología, diluvio universal, construcción literaria de la figura de Moisés, etc.) de la mitología mesopotámica.

No en otro sentido apuntaron las analogías establecidas por Widengren, quien encontró sobradas razones para vincular el título fenicio y cananeo «*ādōn*» con el título «Adonai» de las Escrituras, y responder afirmativamente a la discutida cuestión de si en el antiguo Israel se había llegado alguna vez a celebrar la muerte y la resurrección del dios joven como paso previo a los ritos del matrimonio sagrado («visto hasta qué punto se impuso en Jerusalén el sincretismo religioso»).⁵ Por supuesto las analogías encontradas por Widengren no fueron meramente formales, relativas al carácter nominal del título honorífico con el que se aludía a la divinidad, sino de un profundo contenido que el investigador sueco encontró en las alusiones de muchos de los textos de los *Salmos*.⁶

Adonai se despertó como un durmiente, como un guerrero que grita excitado por el vino.
E hirió a sus enemigos haciéndolos retroceder, y los puso como afrenta perpetua.⁶

«Cuando el “estado de caos” imperaba sobre la tierra, y sobre todo en el recinto del templo, el dios estaba dormido con el pesado sueño de la muerte. En este caso, se daba también a Adonai el epíteto de “gibbor,” héroe, que normalmente estaba relacionado con el dios joven, representado como un héroe dispuesto a la batalla cuando descendía al mundo inferior».⁷

¡Levántate, oh Yahvé, con tu furor! ¡Álzate contra la ira de mis angustiadores, y despierta el juicio que has ordenado para mí. Entonces te rodeará la congregación de los pueblos, y hacia ella vuélvete en lo alto.⁸

Según Widengren, estaban perfectamente claros los temas principales abordados en este último texto: «Tenemos, en primer lugar —señalaba—, el despertar y el alzarse de la divinidad. En segundo lugar, nos encontramos con la idea de que Dios se hallaba rodeado por la asamblea de los pueblos. En tercer lugar, aparecía el tema de Yahvé entronizado en la asamblea y retornando a lo alto, donde tenía su trono. Los tres motivos fueron bien conocidos como otros tantos temas míticos en los poemas de Ugarit».⁹ Además, la idea del despertar de Dios aparecía en otros pasajes, de los cuales «el más interesante para el tema que nos ocupa era ciertamente el del *Salmo 44.23-25*».¹⁰

³ *Ezequiel*. 8.14. «Luego me llevó a la entrada de la puerta de la casa de Jehovah que da al norte, y he aquí que estaban sentadas allí unas mujeres, llorando a Tammuz».

⁴ Primitivamente fue identificado Yahvé, o Jehovah, con el dios cananeo El en la tradición «elohísta», «E».

⁵ Geo Widengren. *Religión judeo-israelita*. En *Historia Religionum*. Madrid, 1973. Vol. I. p. 258.

⁶ *Salmos*. 78.65,66

⁷ G. Widengren. Op. Cit. 259.

⁸ *Sal.* 7.7,8.

⁹ G. Widengren. Op. Cit. 259.

Despierta; ¿por qué duermes, oh Adonai? Despierta; no nos abandones para siempre. ¿Por qué escondes tu rostro y te olvidas de nuestra aflicción y opresión? Nuestra alma está agobiada hasta el polvo; nuestro vientre está pegado a la tierra. Levántate, socórrenos y redímenos por tu misericordia.

Aunque los textos de los profetas y la indudable influencia persa condujeron a la literatura y a las creencias de Israel por otros derroteros diferentes a las de sus vecinos fenicios y cananeos, no cabe duda que estos pasajes de los *Salmos* presentaron el denominador común del mito mesopotámico difundido por las tierras de Oriente Medio, filtrado en las páginas de las Escrituras hebreas y asimilado por los griegos a través de su particular interpretación: la muerte de la divinidad que revivía o despertaba del sueño para liberar a los infelices mortales de la opresión, la aflicción y el oprobio. Se trataba, en definitiva, de una de las muchas variantes del arcaico y ubicuo mito protagonizado por la figura evolucionada de la Diosa Madre y su hijo o esposo-amante, que, en ciertos casos, se presentaba también como hermano de la diosa.¹¹ Un único arquetipo interpretado a través de mil narraciones que, en líneas generales, buscaba un sentido satisfactorio al inexplicable y aterrador fenómeno de la muerte (al hambre, a la enfermedad, a la aflicción y al sufrimiento humano) por medio del optimismo implícito en la lectura de las fases de la luna y en los cambios y los movimientos estacionales de la vegetación, interpretados como una nueva creación-resurrección continuamente repetida.

En este aspecto, Campbell nos recordaba que, en Roma, la Magna Mater era Cibele, la esposa-madre del salvador Atis, quien moría y resucitaba eternamente; formas locales importadas de Anatolia de la pareja arquetípica que venimos contemplando: Inanna y Dumuzi, Ishtar y Tammuz, Adonis y Afrodita, Baal y Astarté, Adonai y Aserah, etc., etc. «En la alta época etrusca, el mito similar de Afrodita y su amante Adonis, muerto y resucitado, había sido introducido en Italia. Pero más tarde, por consejo de los libros sibilinos, Cibele, la Magna Mater, bajo el aspecto de la gran piedra negra [de Pesinunte], fue importada y colocada en un templo del Palatino».¹²

¹⁰ Op. Cit. 260.

¹¹ «Un poema ilustra la misteriosa relación trina entre madre e hijo; Inanna era la madre, esposa y hermana del dios, imágenes que derivan originalmente de las fases de la luna». Baring y Cashford. Op. Cit. 247. Isis era asimismo esposa y hermana de Osiris, de la misma forma que era también madre de Horus como figura que encarnaba la resurrección de Osiris.

¹² Joseph Campbell. *Las máscaras de dios*. Vol. III. Madrid, 1999. *Mitología Occidental*. p. 354.